

LIBRO QUINCE

LA CALLE DEL HOMME-ARMÉ

I

CARPETA HABLADORA

¿Qué son las convulsiones de una ciudad en comparación de las conmociones del alma? El hombre es una profundidad mucho más grande aún que el pueblo. Juan Valjean era, en este mismo instante, víctima de una agitación tumultuosa. Todos los abismos se habían abierto nuevamente en él. También él se estremecía, como París, á las puertas de una revolución oscura y formidable. Algunas horas habían bastado solamente para este gran trastorno de su espíritu. Sus destinos y su conciencia se ha-

bian cubierto bruscamente de sombras. Como de París, de el también podía decirse : los dos principios están en presencia. El ángel blanco y el ángel negro van á asirse y á luchar á brazo partido en el puente del abismo. ¿Cuál de los dos precipitará al otro? ¿Quién triunfará?

La víspera de este mismo día 5 de Junio, Juan Valjean, acompañado de Coseta y de Toussaint, había ido á instalarse á la calle del Homme-Armé. Una extraña peripécia le esperaba en este sitio.

Coseta no había abandonado la calle de Plumet sin un ensayo de resistencia. Por la primera vez, desde que existían el uno al lado del otro, la voluntad de Coseta y la voluntad de Juan Valjean se habían mostrado en diferencia, y se habían, si no chocado, á lo ménos, contradicho. Había habido objecion por una parte é inflexibilidad por otra. El brusco aviso ó consejo : *Mude usted de domicilio*, lanzado por un desconocido á Juan Valjean, le había alarmado hasta el punto de hacerle absoluto en sus determinaciones. Creíase descubierto y perseguido. Coseta había tenido que ceder.

Ambos habían llegado á la calle del Homme-Armé sin despegar los labios, sin decirse una palabra, absortos cada uno en su preocupacion personal; Juan Valjean tan inquieto que no veía la tristeza de Coseta, Coseta tan triste que no veía la inquietud de Juan Valjean.

Juan Valjean se había llevado consigo á Toussaint, lo que no había hecho jamás en sus anteriores ausencias. Entreveía él que tal vez no volvería ya á la calle de Plumet, y no podía dejar á Toussaint allí sola, ni ménos confiarla su secreto. Por otra parte, la conocía bien y la creía adicta y segura. Del criado al amo, la traicion principia por la curiosidad. Ahora bien Toussaint, como si hubiera ella sido predestinada al servicio de Juan Valjean, no era curiosa. En medio de su tartamudeo, y en su lenguaje de

aldeana de Barneville, solía decir : Yo soy ansina ; jago mis caceres ; lo demas, na mimporta.

En esta salida de la calle de Plumet, que había sido casi una fuga, nada se había llevado consigo Juan Valjean excepto la maletita embalsamada que Coseta había bautizado con el nombre de *la inseparable*. Baúles llenos habrían exigido el empleo de mozos de cordel, y los mozos de cordel son testigos. Habían hecho venir un coche á la puerta de la calle de Babilonia, y se habían ido en él.

No sin mucho trabajo pudo conseguir la Toussaint permiso para empacar alguna ropa blanca y de color y varios objetos de toilette. Por lo que hace á Coseta, no se había llevado sino su carpeta y su papelera.

Á fin de aumentar aún la soledad y la sombra de esta desaparicion, Juan Valjean se había arreglado de manera que no salieran del pabellon de la calle de Plumet ántes de anocheecer ; lo que había dejado á Coseta tiempo suficiente para escribir su billetito á Marius. Cuando llegaron á la calle del Homme-Armé era ya de noche.

Acostáronse en seguida, con el mayor silencio.

El cuarto que ellos ocupaban en la calle del Homme-Armé se hallaba situado en el segundo piso de un patio interior, y se componía de dos alcobas, de un comedor y de una cocina contigua á este, con un camaranchon donde había un catre, el cual tocó en suerte á Toussaint. El comedor servía al mismo tiempo de salita y separaba las dos alcobas. El cuarto estaba provisto de los utensilios necesarios.

Á veces se tranquiliza uno casi tan sin fundamento como se inquieta : tal es la humana naturaleza. Apénas se halló Juan Valjean en la calle del Homme-Armé, cuando su ansiedad se fué templando, hasta que, por grados, se disipó enteramente. Hay sitios calmantes que obran en cierto modo mecánicamente sobre el espíritu. Calle oscura, ha-

bitantes pacíficos. Juan Valjean sintió como un contagio de tranquilidad en aquella callejuela del antiguo Paris, tan estrecha, que está barreada por un madero transversal colocado sobre dos postes para impedir el paso á los carrajes, calle muda y sorda en medio de la ciudad llena de rumor, crepuscular en mitad del día, y, por decirlo así, incapaz de emociones, entre sus dos hileras de altas casas centenarias que callan como viejas que son. En aquella calle reina cierto olvido estancado. Juan Valjean respiró allí pues tranquilo y confiado. ¿Quién había de dar con él en aquel sitio?

Su primer cuidado fué el de colocar á la *inseparable* junto á él.

Durmió perfectamente. La noche aconseja, y aún podemos añadir: la noche apacigua. Á la mañana siguiente, despertó casi contento. Halló muy bonito el comedor, que era horroroso, amueblado con una mesa redonda viejísima, un armario bajo, sobre el cual figuraba dignamente un vistoso espejo inclinado, un sillón apolillado y algunas sillas cubiertas de paquetes de la Toussaint. En uno de estos paquetes, se veía, por un claro, el uniforme de guardia nacional de Juan Valjean.

— Por lo que hace á Coseta, se había hecho llevar un caldo á su cuarto por la Toussaint, y no pareció sino muy caída ya la tarde.

Á eso de las cinco, Toussaint, que iba y venía sin cesar, muy ocupada de aquella pequeña mudanza de domicilio, había puesto sobre la mesa del comedor un pollo fiambre que Coseta, por deferencia hácia su padre, había consentido en mirar.

Hecho esto, Coseta, pretextando una jaqueca fuerte y tenaz, había dado las buenas noches á Juan Valjean y se había encerrado en su alcoba. Juan Valjean había comido un ala de pollo con apetito, y apoyado de todo. en

la mesa, serenándose poco á poco, entraba de nuevo en plena posesion de su seguridad.

Mientras que estaba haciendo esta sobria comida, había notado confusamente, en dos ó tres diversas ocasiones, el tartamudeo de Toussaint que le decía: — « Señor, hay gresca por allá, se están batiendo en Paris. » Pero, absorto en una multitud de combinaciones interiores, no había prestado la menor atencion á estas palabras. Á decir verdad, él no había oído nada.

Levantóse, y se puso á andar desde la ventana á la puerta y desde la puerta á la ventana, cada vez más sosegado.

En medio de esta calma, Coseta, que era su única preocupacion, volvía siempre á su pensamiento. No que él se inquietase por aquella jaqueca, ligera crisis de nervios, enfado de niña, nube de un momento, y que al cabo de uno ó dos días desapareciera completamente; sino que pensaba en el porvenir, y como de costumbre, pensaba con dulzura. Sobre todo, no veía él ningun obstáculo en que la vida dichosa ecobra se su curso natural. Á ciertas horas, todo parece imposible, mientras que, en otras, todo parece fácil; y Juan Valjean se hallaba en una de esas buenas horas. Vienen ellas de ordinario despues de las malas, como viene el día despues de la noche, en virtud de esa ley de sucesión y de contraste que es el fondo mismo de la naturaleza y que los espíritus superficiales llaman antítesis. En aquella calle apacible adonde había ido á refugiarse, Juan Valjean se desprendía de todo lo que le había turbado hacía ya algun tiempo. Por lo mismo que él había visto muchas finieblas, comenzaba á distinguir algo del azul del cielo. Haber dejado la calle de Plumet sin complicacion, y sin incidente, era ya un buen paso dado. Tal vez sería prudente el expatriarse, aunque sólo fuese por algunos meses, y pasar á Londres. Pues bien, irían. Estar en Francia ó estar en Inglaterra, ¿qué le importaba á él, con tal que tuviese á su lado á Co-

seta? Coseta era su nacion. Coseta bastaba á su felicidad; la idea que él tal vez no bastaba á la felicidad de Coseta, esta idea, que habia sido en otro tiempo su febre y su insomnio, no se presentaba ya siquiera á su espíritu. Hallábase en la postracion de todos sus dolores pasados, y en pleno optimismo. Viéndola junto á él, parecia que Coseta era suya; efecto de óptica que todo el mundo ha experimentado. Él mismo arreglaba entre sí, y con toda especie de facilidades, su viaje á Inglaterra con Coseta, y veia reconstruir su felicidad en otros parajes, al traves de las perspectivas de su ensueño.

Miéntas que paseaba así á lo largo de la pieza, á paso lento, su mirada encontró de repente una cosa extraña.

Vió frente á sí en el espejo inclinado que se hallaba sobre el armario, y leyó distintamente las cuatro líneas que siguen :

« ¡ Oh! mi muy amado! mi padre quiere que nos mar-
» chemos en seguida. Esta noche estaremos en la calle del
» Homme-Armé, n.º 7. Dentro de ocho días nos hallare-
» mos en Londres.

» COSETA. — 4 de Junio. »

Juan Valjean se detuvo, triste, caviloso y huraño.

Al tiempo de llegar, Coseta habia colocado su carpeta sobre la mesa del armario, delante del espejo, y abismada toda ella en su dolorosa angustia, la habia dejado allí olvidada, sin notar siquiera que la dejaba enteramente abierta, y abierta precisamente por la página en la cual habia apoyado y comprimido, para secarlas, las cuatro líneas escritas por ella y confiadas al jóven obrero que pasaba por la calle de Plumet. Todo lo escrito habia quedado impreso en aquella página de la carpeta.

El espejo reflejaba las letras allí estampadas.

Así que resultaba lo que llaman en geometría la imágen simétrica; de tal suerte, que las letras, vueltas al revés en la carpeta, se ofrecian al derecho en el espejo, presentándose por consiguiente en su sentido natural; y Juan Valjean tenia á la vista la carta que la víspera habia escrito Coseta á Marius.

Era una cosa sencilla, y aterradora para él.

Juan Valjean se acercó al espejo, volvió á leer de nuevo aquellas cuatro líneas, pero no creyó lo que estaba viendo. Se le figuraba ser aquello una aparicion vista al siniestro resplandor de un relámpago. Aquello era una alucinacion. Aquello era imposible. Aquello no existia en el mundo de las realidades.

Poco á poco, su percepcion fué haciéndose cada vez más precisa; miró la carpeta ó cartera de Coseta; y adquirió el sentimiento del hecho real. Tomó la carpeta y dijo: Aquello proviene de esto. Examinó con febril agitacion las cuatro líneas estampadas en la hoja de la carpeta; pero las letras, vueltas allí del revés, le producian el extraño efecto de unos garabatos en desórden, y no vió en ellos ningun sentido. Entonces dijo para sí: Pero si esto no significa nada, aquí no hay nada escrito. Y respiró con toda la extension de sus pulmones y de su pecho, experimentando un indecible alivio. ¿ Quién no ha tenido de esas alegrías tontas en los momentos más horribles? El alma no se rinde á la desesperacion sin haber agotado todas las ilusiones.

Tenia él la cartera en la mano, y la contemplaba, estúpida y dichoso, casi á punto de echarse á reir de la alucinacion de que habia sido víctima. De repente sus ojos volvieron á fijarse en el espejo, y vió en él de nuevo la vision. Las cuatro líneas se reproducian allí dibujadas con una claridad inexorable. Esta vez no era aquello ya una ilusion. La reincidencia de una vision es una realidad;

aquello era una cosa palpable y evidente, eran las letras que, tomadas del reverso en la página, las reproducía el espejo al derecho y en su sentido natural. En seguida lo comprendió ya todo claramente.

Juan Valjean vaciló sobre sus talones, dejó caer la carpeta, y se dejó él caer también sobre el sillón viejo y apollillado, al lado del armario, con la cabeza inclinada, la pupila extraviada y vidriosa. Dijo para sí que era cosa evidente, y que la luz del mundo se hallaba ya eternamente eclipsada para él, que Coseta había escrito aquello á alguien. Entónces oyó él á su alma, que recobraba una actitud terrible, lanzar en las tinieblas un sordo rugido. Id á quitar al león el perro que tiene en su jaula.

Cosa singular, y triste al mismo tiempo, en aquel momento, Marius no poseía aún la carta de Coseta; la casualidad le había hecho traición llevándosela á Juan Valjean ántes de que le fuese ella entregada.

Hasta este día, Juan Valjean no había sido nunca vencido por la prueba. Habíase él visto sometido á terribles ensayos; ni una sola vez de hecho de la mala fortuna le había faltado; la ferocidad de la suerte, armada de todas las vindictas y de todos los absurdos y errores sociales, le había escogido por blanco, encarnizándose en él. No se había doblegado sin embargo ni había retrocedido ante ninguna de tantas calamidades, ante ningún sufrimiento. Cuando había sido necesario, había él aceptado todos los extremos: había sacrificado su inviolabilidad de hombre á tanta costa recobrada, ó reconquistada más bien, había entregado su libertad, arriesgado su cabeza, perdiéndolo, y sufrído todo, permaneciendo siempre desinteresado y estoico, en términos de que, por momentos, se habría podido creerle ausente de sí mismo como un mártir. Su conciencia, aguerrida en todos los asaltos posibles de la adversidad, podía parecer para siempre inexpugnable.

Pues bien, si alguien hubiera podido ver en aquel instante su foro interno, se habría visto obligado á consignar que ahora ya ella cedía, se debilitaba.

Y es que, de todos los sufrimientos que él había experimentado durante aquella prolongada cuestión de tormentos que le deparaba el destino, este era para él el más terrible, el más formidable. Tenazas de esta especie no le habían asido jamás. Sintió en su interior la agitada revuelta, el misterioso trastorno de todas las sensibilidades latentes. Sintió el pellizco, la violenta compresión de la fibra desconocida. ¡ Oh! la prueba suprema, mejor diremos, la prueba única, es la pérdida del ser amado.

El pobre viejo Juan Valjean no amaba, ciertamente, á Coseta de otro modo que como un padre; pero, según lo hemos hecho notar anteriormente, en esta especie de paternidad, la viudez misma de su vida había introducido todos los amores; así que amaba él á Coseta como á su hija, la amaba como á su madre, la amaba como á su hermana; y como nunca había él tenido amante ni esposa, como la naturaleza es un acreedor que no acepta protesta alguna, este sentimiento también, el más inalienable de todos, se hallaba mezclado con los otros, vago, ignorante, puro con la pureza de la ceguedad, inconsciente, celestial, angélico, divino, ménos como un sentimiento que como un instinto, ménos como un instinto que como un atractivo, imperceptible é invisible, pero real; y el amor propiamente dicho, en su inmensa ternura por Coseta, era como el filón de oro en la montaña, tenebroso y virgen.

Recordemos esta situación del corazón que ya hemos indicado en otras ocasiones. Ningún casamiento era posible entre ellos: ni siquiera el de las almas; y no obstante, era indudable que sus destinos se hallaban desposados. Excepto Coseta, es decir, excepto una infancia, Juan Valjean no había conocido nada, durante su larga vida, de

lo que puede amarse. Las pasiones y los amores que se suceden no habian formado en él esos matices sucesivos del color verde, verde tierno sobre verde sombrío, que se notan en las hojas de los árboles que pasan el invierno y en los hombres que pasan de cincuenta años. En suma, y nosotros hemos insistido en ello más de una vez, toda esa fusion interior, todo ese conjunto, cuya resultante era una alta virtud, se reasumía en hacer de Juan Valjean un padre para Coseta. Padre extraño, compuesto de abuelo, de hijo, de hermano y de marido; que de todo esto habia para ella en Juan Valjean; padre en el cual habia tambien una madre; padre que amaba á Coseta y que la adoraba, y que tenia á aquella niña por luz, por morada, por familia, por patria, por paraíso.

De modo que, cuando él vió que ya era cosa concluida que ella se le escapaba, que se deslizaba de entre sus manos, que se le iba á ocultar, que era una nube, que era un poco de agua en vapor; cuando tuvo ante sus ojos esta evidencia aterradora: Otro es el objeto querido de su corazón, otro es el deseo de su vida; hay ya el muy amado; yo no soy sino el padre; yo ya no existo; cuando ya no tuvo la menor duda; cuando se dijo: ; Ella se va lejos de mí! el dolor que experimentó excedió los límites de lo posible. ; Haber hecho todo lo que habia hecho él para venir á parar á tal resultado! ; y cómo pues! ; no ser nada! Entónces, segun acabamos de decirlo, experimentó desde los piés hasta la cabeza un estremecimiento de rebelion. Sintió hasta en la raíz de sus cabellos el inmenso aguijon del egoísmo, y el yo bramó de una manera tremenda en el abismo de aquel anciano.

Existen en el hombre ciertos hundimientos interiores. La penetracion de una certidumbre desesperada no se realiza en él sin apartar y sin romper ciertos elementos profundos, que son á veces el hombre mismo. El dolor,

cuando llega á tal grado de intensidad y de profundidad, es un sálvese-el-que-pueda de todas las fuerzas de la conciencia. Son estas crisis fatales. Pocos de nosotros salimos de ellas semejantes á nosotros mismos y firmes en el deber. Cuando el limite del sufrimiento se halla desbordado, la virtud más imperturbable se desconcierta enteramente. Juan Valjean volvió á coger la cartera, y quedó de nuevo convencido, permaneciendo inclinado y como petrificado sobre las cuatro líneas irrecusables, con los ojos fijos en aquel objeto de terror para él, y formándose un nublado tal en su cerebro, que habria podido creerse que todo el interior de aquel alma se desplomaba.

Examinó aquella revelacion, al traves de las hipóboles del delirio, con una calma aparente y pavorosa, pues es cosa formidable la calma del hombre cuando llega ella á la frialdad de la estatua.

Midió el paso espantoso que su destino habia dado sin que él se apercibiera de ello; recordó entónces sus temores del verano anterior, tan locamente disipados; reconoció el precipicio; notó que era siempre el mismo; sólo que Juan Valjean no se hallaba ya á la puerta, sino en el fondo de él.

Cosa inaudita y extraña, habia caido en él sin notarlo. Toda la luz de su vida se habia ahuyentado de él, mientras que él creia siempre estar viendo el sol.

Su instinto no vaciló. Reunió, combinó y comparó ciertas circunstancias, ciertas fechas, ciertos enrojecimientos y ciertas palideces de Coseta, y dijo para sí: Es él. La adivinacion del desesperado es una especie de arco misterioso que no marra el golpe jamás. Desde su primera conjetura, se fijó su Marius. No sabia cómo se llamaba, pero halló al hombre en seguida. Percibió distintamente, allá en el fondo de la implacable evocacion de su memoria, al desconocido rondador del Luxemburgo, aquel miserable corredor de

aventuras y de amoríos, aquel holgazán de romance, aquel imbecil, aquel villano, pues es una villanía el venir á requebrar y á fingir amores á jovencitas que tienen consigo á su padre que las ama.

Después que hubo comprobado bien que en el fondo de aquella situación se hallaba aquel joven, y que todo venía de allí, él, Juan Valjean, el hombre regenerado, el hombre que había trabajado tanto por su alma, el hombre que había hecho tantos esfuerzos para resolver toda la vida, toda la miseria y todo el infortunio en amor, miró en su interior y vió en él un espectro, el Odio.

Los grandes dolores contienen una gran dosis de abatimiento. Desalientan, y hacen la vida pesada, insostenible. El hombre en el cual penetran siente que algo se retira de él. En la juventud, su visita es lúgubre; más adelante, es siniestra. ¡ Ah ! si cuando la sangre está caliente, cuando el cabello está aún negro, cuando la cabeza va derecha sobre el cuerpo como la llama sobre el cirio, cuando el rollo del destino muestra aún casi todo su espesor, cuando el corazón, lleno de un amor envidiable, tiene todavía latidos que se le pueden corresponder, cuando uno halla delante de sí tiempo suficiente para la reparación, cuando todas las mujeres están allí, y todas las sonrisas, y todo el porvenir, y todo el horizonte, cuando la fuerza de la vida es completa, si cuando sucede todo esto, decimos, la desesperación es una cosa espantosa, ¡ qué será en la vejez, cuando los años se precipitan cada vez más abrumadores, en esa hora crepuscular en que se principian ya á ver las estrellas de la tumba !

Mientras que estaba así cavilando, entró Toussaint. Juan Valjean se levantó y la preguntó :

— ¿ Hacia qué lado es eso ? ¿ lo sabe usted ?

La Toussaint, estupefacta, no pudo ménos de replicarle:

— ¿ Qué manda usted ?

Juan Valjean repuso :

— ¿ No decía usted háce poco que se están batiendo ?

— ¡ Ah ! sí, señor, contestó Toussaint. Es hácia el lado de Saint-Merry.

Hay ciertos movimientos maquinales que nos vienen, áun sin notarlos nosotros mismos, de nuestro pensamiento más profundo. Sin duda bajo el impulso de un movimiento de este género, del cual no tenía él apenas conciencia alguna, fué cómo Juan Valjean se encontró en la calle cinco minutos después.

Estaba con la cabeza descubierta, sentado sobre el guardacanton de la puerta de su casa. Parecía como que escuchaba.

Ya era de noche.



II

EL GAMIN ENEMIGO DE LAS LUCES

Cuanto tiempo pasó él en esta actitud? ¿Cuáles fueron el flujo y reflujo de esta meditacion trágica? ¿levantó al fin la cabeza? ¿permaneció doblegado y agobiado? ¿llegó á inclinarse hasta romperse? ¿podia aún levantarse y volver á tomar pié, en su conciencia, sobre algo sólido? Probablemente él mismo no habria podido decirlo.

La calle estaba desierta. Apénas si le vió algun que otro bourgeois inquieto que volvia á su casa y se encerraba á toda prisa. Cada cual por sí y para sí en los tiempos de peligro. El encendedor de las luces vino como de ordinario á alumbrar el farol que estaba colocado precisamente frente á la puerta del n.º 7, y se marchó. Á quien le hubiera examinado en aquella sombra, Juan Valjean no le habria parecido un hombre vivo. Estaba allí sentado sobre el guardacanton de su puerta, inmóvil como una larva de hielo.

Hay enefecto cierto grado de congelacion en los desesperados. Oíase la campana, y al par que ella se oían tambien vagos rumbos tempuestuosos. En medio de todas estas convulsiones de la campana mezclada con la insurreccion el reloj de San Pablo dió las once, gravemente y sin apresurarse; pues el toque á rebato es obra del hombre, y el toque de la hora es obra de Dios. El oírse la hora no alteró en nada á Juan Valjean; Juan Valjean no se movió. Sin embargo, en este momento, poco más ó ménos, estalló una brusca detonacion hácia el lado de los mercados centrales, á la cual siguió una segunda, aún más violenta; probablemente era aquel ataque de la barricada de la calle de la Chanvrerie que acabamos de ver rechazado por Marius. Al oír esta doble descarga, cuya furia parecia acrecida por el estupor de la noche, Juan Valjean se estremeció; se incorporó del lado de donde venía el ruido; en seguida volvió á caer sobre el guardacanton, se cruzó de brazos, y su cabeza descendió lentamente hasta apoyarse en el pecho.

Entónces volvió á entablar su tenebroso diálogo consigo mismo.

De repente levantó los ojos, sintió pasos en la calle, oyó que álguien andaba cerca de él, se puso á mirar con atencion, y á la luz del farol, por el lado de la calle que va á dar á los Archivos, distinguió un rostro lívido, jóven, radioso de contento.

Era Gavroche que acababa de llegar á la calle del Homme-Armé.

Gavroche miraba al aire, á la ventura, y parecia buscar algo. Veia perfectamente á Juan Valjean, pero no fijaba en él su atencion.

Despues de haber mirado al aire, Gavroche miraba hácia abajo, se empinaba sobre las puntas de los piés y tentaba las puertas y las ventanas de los pisos bajos, pero todas las halló cerradas, con llaves y trancas, con cer-